

SAN FERNANDO 1988

El 30 de mayo, festividad de San Fernando, es la fecha en que todos los años nos reunimos los amigos de la Ciudad Católica para festejar a nuestro Patrón.

En primer lugar, se celebró a las 8 de la tarde, en la parroquia de Santa Bárbara, la Santa Misa, oficiada por el Padre Arredondo, S. J., quien nos dirigió un pequeño sermón, tomando como base la lectura del Evangelio sobre los trabajadores de la viña; resaltó el parecido que tienen nuestras vidas con el trabajo en la viña y que no debemos «matar al hijo del dueño», que el Padre nos lo envía para interesarse por nosotros. Hizo hincapié en las recomendaciones que el Santo Padre hizo a los responsables de la revista *Verbo* y de *Speiro* en la audiencia privada que tuvo lugar en diciembre pasado. No pudo faltar el recuerdo a los que durante este año nos han abandonado. Para terminar hizo una semblanza del Rey Santo, destacando lo completo de su persona: guerrero, cristiano, benefactor de Ordenes, hijo ejemplar, padre...

La Iglesia se encontraba llena, a pesar de tratarse de la tarde de un lunes casi veraniego. Finalizada la misa, en animada conversación entre amigos, nos trasladamos a los salones de Manila, en la calle Génova, donde se celebró la cena.

A los postres y como viene siendo habitual, intervinieron varios oradores. Destacamos, en esta ocasión, la casi diríamos atrevida juventud de los oradores. En primer lugar Miguel Ayuso, en nombre de los amigos de la Ciudad Católica, dio las gracias a todos los presentes por acompañarnos en una celebración tan entrañable como es la festividad de San Fernando. Disculpó la asistencia de Rafael Botella García-Lastra, a quien le correspondía cerrar el turno de intervenciones, de quien dijo que las paradojas que la vida depara hacen que a la alegría que nos produce el que recientemente haya superado con éxito las oposiciones a Judicaturas, nos provoca el disgusto que por esta nueva situación profesional no pudiera encontrarse en aquel momento con nosotros. No obstante, el discurso se reproduce a continuación de esta crónica, con los de los otros oradores.

A continuación tomó la palabra María del Carmen Fernández de la Cigofía Cantero. Con estos apellidos, a los amigos de

la Ciudad Católica poco hay que explicarles: estudiante de Derecho, nos sorprendió con unas palabras firmes y llenas de contenido; con razón dijo Vázquez de Mella, «cuando la mujer abandona una causa, ésta no triunfa jamás».

Comenzó María del Carmen haciendo una semblanza del Rey Santo, para hacer alusión al tema de la familia y de la importancia que en una sociedad en crisis, como la actual, tiene la célula básica de la sociedad; no faltaron alusiones a los ataques que hoy recibe, aborto, divorcio... Pasó a continuación a analizar la situación actual de la juventud, haciéndose la pregunta de si «¿no será que tampoco esa juventud ha visto la coherencia necesaria que la haga comprender que esos valores —de los que carece hoy la juventud—, con todo lo que pueden llevar consigo merecen la pena? ¿No será que también empiezan a decaer los padres como San Fernando? Hizo alusión a la labor de Speiro, que significa sembrar y de la necesidad de reconstruir la sociedad de abajo a arriba. Terminó su discurso recordando la devoción mariana de San Fernando, y recitó una bella poesía en la que se pone de manifiesto que España es la tierra de María Santísima.

El turno de oradores, en esta ocasión reducido por la ausencia antes comentada de Rafael Botella, corrió a cargo de Alberto Jornet Navarro, joven abogado del Colegio de Madrid, quien con un discurso pausado y profundo, nos hizo ver que la labor de «sembrar» va dando sus frutos. Felicitó a Juan Vallet por el último galardón concedido por la Academia Montesquieu. Explicó el sentido que tiene el ponerse bajo la advocación de un Santo Patrón y la razón de ser de la devoción a los Santos en general, como amigos íntimos de Dios. A continuación pasó a analizar la importancia que tiene la ordenación de la Sociedad conforme a las leyes divinas, cara al bien supremo por antonomasia, que es la salvación de las almas. De ahí la importancia del conocimiento y difusión de la doctrina social de la Iglesia, tarea en la que los amigos de la Ciudad Católica estamos empeñados. Recordó que «nuestra labor de servicio a la Verdad no será, pues, únicamente estudio y difusión, sino también la puesta en práctica de la doctrina». Terminó su intervención comentando las impresiones de un dirigente comunista convertido al catolicismo sobre el compromiso personal de que estamos tan necesitados.

Finalizados los discursos se prolongó la tertulia hasta que, poco a poco, nos fuimos retirando a nuestros hogares.

ANTONIO URZAIZ